

Olor a hombre y tomillo

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso explícito de los titulares de los derechos.

1.ª Edición.

© Carmelo Gandarias, 2007.

© Maghenta, S.L.  
Autovía de Madrid, Km. 315,700  
50012 Zaragoza  
Tel. +34 976 106 300  
Fax +34 976 106 301  
[www.maghenta.com](http://www.maghenta.com)

Ilustración de portada: Marta Cambra Melús

Depósito Legal: Z-1.492/07  
I.S.B.N.: 978-84-935490-8-4

Impreso en Zaragoza, España. Marpa.

# Olor a hombre y tomillo

CARMELO GANDARIAS

**maghenta**  
EDITORIAL

*A Hortensia*  
*mi suficiente razón de vivir*

## **LIBRO PRIMERO**

**Y ocurrió en la cubrición del ganado**

## I

### Brosín, 1961

A simple vista no se percibía su preñez, pero su inquietud, a la vez que su despacioso andar, la caída de sus cuartos traseros, lo mucho que le había descendido el vientre, lo abultado de su vulva y de sus ubres, denotaban un próximo alumbramiento.

Desde el porche de su casa, el señor Antonio, conecedor, capataz eviterno de aquellas alquerías y que a pesar de las instrucciones recibidas por el señor, que se olvidara de todo tipo de obligaciones, pensaba constantemente en lo mismo; oteaba desde su sillón de anea el infinito horizonte de aquellas praderas verdes, la templanza de su cielo, la fertilidad de su tierra, la postura alegre de los collados, la frondosidad de sus bosques, las cosechas de cereales, los arrozales, todo aquello que proporciona La Romera, la cual no está dedicada exclusivamente a lo bravo; sus cuatro mil ochocientas hectáreas cuentan con ganado manso, la siembra y el espacio reservado a la cría caballar; por eso se anexionó la finca La Consolación, ocho mil ochocientas hectáreas más, dedicadas íntegramente a lo bravo; ochocientas vacas de vientre y catorce sementales que el señor Antonio conocía por sus nombres y hasta por su forma de andar; el señor Antonio había sido zagal, vaquero, yegüero, conecedor, mayoral y alma de aquella tierra que le viera nacer y que apenas se alejó, más allá de Utrera o el Coronil, salvo las veces que acompañó al señor marqués a la Maestranza de Sevilla, para estar presente en la lidia de toros que comieron en su mano.

—La Estrella parirá esta noche —sentenció solemnemente.

Es costumbre de las vacas, cuando llega el momento sublime de parir, tratar de esconderse en un matorral del monte, escoger un lugar resguardado del frío, lo más espinoso posible; cada una suele parir, de una vez para otra, en el mismo lugar, solas, en la margen de un arroyo, en zonas infranqueables y alejadas lo más posible de la vista del hombre. Al alba, la Estrella mugía en la dehesa los dolores de su parición.

—En el campo del chaparral está la Estrella pariendo —sentenció nuevamente el señor Antonio.

Estaba naciendo el año de Dios de 1961, hacía frío en el campo, una espesa bruma, una baja niebla en la totalidad de la dehesa, la escarcha de la noche relucía aún entre la hierba, como los ojos brillantes de gatos asustadizos.

Mahía era prima de la mujer del señor Antonio, vivía con él desde que su mujer, Dolores Heredia, falleció aquella triste noche del año 1957; lo atendía y cuidaba como hubiera podido hacerlo su difunta esposa.

Mahía llevaba en el cortijo una vida; estuvo al servicio del cuarto marqués y fue la tata de sus dos hijos: ¡ella los vio nacer!, suficiente razón –según su entender– para hacer su santa voluntad en toda la cortijada; aunque quedó mocita y no se le conoció hombre alguno que la cortejara, pasó su vida sirviendo a los demás.

Mahía quedó hace tiempo relevada de toda obligación ya que, a la muerte de su prima, la señora marquesa le pidió que cuidara del señor Antonio como cosa suya, que viviera con él en la casa que expresamente mandaron construir cerca de la “casa grande”, como muestra de afecto y respeto que siempre tuvieron los señores, con su capataz, el señor Antonio.

Fue en el año de 1946 cuando se produjo la conjunción de la finca La Consolación con La Romera, en vida del cuarto marqués de Santa Eufemia, aunque toda la laboriosa negociación fuera llevada directamente por su hijo Manuel, que a sus treinta años se hizo con las riendas de aquel emporio agrícola, dedicando la adquisición de la última finca íntegramente a lo bravo; el complejo, llamado Miramamolín, se considera como uno de los cortijos más importantes, modernos y socialmente bien llevados de toda Andalucía.

Hay quien opina que una vacada tan grande es difícil de controlar, pero el propio marqués y el señor Antonio, su capataz, son capaces a un simple vistazo de conocer a todos los toros, recitar de memoria de quiénes son hijos; las faenas regulares en el campo de una ganadería brava son lentas y mantienen en tensión a los hombres que al cuidado de ella están, desde que se juntan los sementales con las vacas, allá por el mes de abril, cada semental con su vacada, a fin de seguir bien la pista a cada una de ellas, procurando que el número de reses por semental no supere las sesenta, eligiendo el mes de abril por estar en celo las hembras; la parición que ocurre a los nueve meses, un poco antes las viejas y más tarde las jóvenes, y aunque el ganado bravo en la parición no precisa ayuda de ningún vaquero, pueden surgir infinidad de inconvenientes, desde un parto doble a la muerte de una madre y para sacar adelante esa cría hay que buscarle nodriza, y a veces se debe criar a biberón. Conforme hay vacas paridas, conviene ir señalándolas; se trata de una hendidura con la navaja en

la oreja de forma característica y homogénea para aquella vacada. El herradero, el destete, el acoso, el derribo y la tiente, los piensos, los cabestros y tantas faenas, precisan de hombres avezados a ellas; la plena vigilancia del capataz, la confianza en el conocedor y el ganadero que no deja de participar en cada una de estas tareas.

La Consolación fue siempre más bonita que La Romera, resulta más montaraz, porque es más espontánea la esencia y presencia de Dios; es más brava, más indómita que la ordenada La Romera con sus tierras domadas por el arado del hombre, con su suelo ya avasallado y vacío de sorpresas; no cabe duda de que La Consolación era la flor y nata de aquellos pastizales, su hierba a veces llegaba a los lomos de los toros y su vegetación era desbordante, creciendo a su antojo toda clase de plantas.

Miramamolín, o más bien al cortijo de los Medina de la Guardia, desde donde se dirigen todas las operaciones de labor, la cría caballar y lo bravo, se halla situado al sureste de La Consolación, si se viene desde Sevilla; indistintamente se puede llegar por Los Palacios o por Utrera, siempre por la carretera general Sevilla-Cádiz, teniendo en cuenta que una punta de la finca es regada por el río Guadairilla, que corre por el norte de Utrera y termina en las cercanías de Los Palacios; saliendo precisamente de este hermoso pueblo sevillano, doce kilómetros antes de llegar a Lebrija. Existe un desvío que nos interna a través de cuatro kilómetros tortuosos por una carretera comarcal, hasta llegar a los lindes de la finca, dos marmolillos nos anuncian que entramos en terrenos de Miramamolín, y a partir de aquí y en un recorrido de seis kilómetros más por una carretera privada, caminamos a través de una alameda protegida y decorada por hermosos sauces llorones que a uno y otro lado de la misma hacen más bello, más fresco y agradable el camino. A un kilómetro, antes de llegar, se divisa la cortijada; todo lo que nuestra vista distingue es una típica manifestación de la economía andaluza, demostrando la equivocación de aquellos que entienden que el cortijo es una más o menos gran casa de labranza o casa de labor; al menos en Andalucía, por sus características especiales, es una auténtica institución donde suelen vivir los dueños y los obreros ocupados en ella con toda su familia; este conjunto ancestral refleja el amor que sienten por la tierra, y el ejemplo político-social que allí se administra es encomiable y de origen muy antiguo. En Miramamolín se refleja, en el rostro y las acciones de cada uno de sus componentes, desde el amo hasta el último zagal, la altiva serenidad de aquellos califas que durante quinientos treinta y cuatro años dominaron aquellas tierras. En una suave curva nos encontramos con un arco de medio punto, dando entrada a una muy

amplia calle adoquinada y escoltada por árboles de naranjas plantados en cortos espacios que apaciguan a nuestra vista el suave verdor de sus ramajes y perfumando de azahar el ambiente, contrastado con la inmaculada blancura de sus fachadas; el muro de la derecha se comprende pertenece a la casa grande, pues a pesar de su fortificada tapia, ello no impide se asomen majestuosas palmeras con pretensiones de abanicar al cansado viajero y que sobre la misma tapia cuelguen, displicentemente, como capotes de paseo, las buganvillas rojas que se entremezclan a veces entre las ramas de algún olivo. A mitad de calle, un amplio y noble portalón permite la entrada cómodamente de cualquier vehículo, dando acceso a un hermosísimo patio adoquinado en cuyo centro una vieja pileta árabe deja fluir un rico manantial de agua; dicha pileta se encuentra rodeada por seis esbeltas palmeras que sombrean aquel lugar; al cruzar el portalón, necesariamente somos observados por los guardeses, circundando despacio aquel amplísimo patio; nos paramos ante el pórtico del cortijo o palacio, conjuntado con columnas de granito, con sus bases, fustes y capiteles labrados a mano y de ascendencia árabe; amplios voladizos en las cubiertas, terminadas en seleccionadas tejas andaluzas, el suelo de la entrada o porche principal se encuentra artísticamente enlosado con chinas de río formando geométricos y artísticos dibujos.

La cancela de hierro, ricamente forjada y acristalada desde su interior, nos da paso a un amplio salón-recibidor con suelos de mármol rosa; desde allí nos vemos obligados a dirigir la mirada a la señorial escalera de mármol, en contraste con sus amplios pasamanos de madera de cedro; el primer descansillo donde la escalera se bifurca en forma de Y para conducir a diferentes dependencias de la casa, contemplamos un antiguo bargueño de roble y, sobre él, cubriendo parte de la pared, cuelga un rico tapiz del siglo XVII con motivos de caza.

En la parte baja, en el lateral derecho, y a través de un corto pasillo, tenemos acceso al salón principal de la casa, el cual forma esquina, y a través de sus amplios ventanales se contemplan el jardín, piscina y cancha de tenis; desde el salón se pasa al gran comedor con mesa única de caoba para veinticinco comensales, que sólo se usa para grandes acontecimientos.

Hacia la izquierda observamos unas puertas corredizas de cristales en colores emplomados, dando entrada a una recogida capilla con un bello retablo presidido por una bella imagen de la Santísima Virgen de Consolación de Utrera. Otras puertas que se contemplan desde el recibidor pertenecen al despacho del señor marqués, desde donde se inicia un pasillo con accesos al salón familiar de uso diario, al

comedor privado de la familia, biblioteca y sala de billar. Todas las referidas dependencias tienen salida a una amplia terraza apergolada, donde en primavera y verano la familia suele desayunar e incluso almorzar en bañador cuando están utilizando la piscina.

En el cortijo viven aproximadamente treinta y dos familias, lo cual puede constituir una población de noventa a cien personas. Trece mil seiscientas hectáreas de campo, ochocientas vacas de vientre, catorce sementales, sesenta caballos de monta, más el vacuno y las ovejas, el maíz, el arroz y todo cuanto La Romera produce, son las riquezas, acompañadas de un sinfín de obligaciones y un duro trabajo, que personalmente lleva don Manuel Medina Pérez Correa, marqués de Santa Eufemia y conde de Villafranca, a quien le acompaña su único hijo de quince años, internado en el colegio de San Estanislao, de Málaga, y que se llama Ambrosio Medina Romero; todos le llaman Brosín.

Aquellas navidades del 61, Brosín las pasó en el campo con su padre y con el abuelo Antonio; no hacía un año aún que su madre había muerto, aquel octubre del 60; aquella visión de su madre muerta, tan joven —acababa de cumplir treinta años—, fue desconcertante para Brosín: se volvió más huraño o más hosco o más encerrado en sí mismo; su madre vivió casi siempre en el campo, rehuía la casa de Sevilla, y su esposo nunca la presionó para que cambiara de idea; él iba y venía, pero normalmente pasaba grandes temporadas en el campo dedicado personalmente a las faenas del ganado bravo.

Brosín no quiso huir del lugar que tanto dolor le había causado; muy al contrario, amaba cada vez más aquellas tierras, pasaba horas y horas escuchando las sentencias filosóficas del abuelo Antonio; del abuelo Ambrosio, el marqués, como así se le llamaba, tiene Brosín otro recuerdo y su imagen no la vincula con el campo; su abuelo Ambrosio murió cuando él tenía diez años, pero lo que verdaderamente le quedó marcado en su recuerdo fue cuando apenas tenía tres años y en la casa de Sevilla: la tata Mahía lo llevaba frente a él para despedirse y darle las buenas noches, el abuelo lo besaba en la frente y con su mano huesuda y arrugada le apretaba fuertemente los mofletes.

—¡Hombre!, el caballere se va a la cama. Negrillo, gitano, qué poco has sacado de los Medina, pajolero.

La prematura muerte de su madre, el ambiente monástico que se respira en la vida de un cortijo, la gente que con él convivía, donde se sentía observado y querido, la sensación de paz y misterio que por sus venas corría cuando al trote de su jaca, oteando

el horizonte perdido, oliendo a majada y a tomillo, contemplaba la impresionante majestad de los sementales en constante vigilancia de su vacada que levantaba su testuz al paso del niño moreno; su paso a galope, al viento sus pelos enmarañados, gritando como loco:

—¡Eeeh... eeeh... vaquita valiente!

Todas volvían la cabeza y su mugido podía interpretarse: «¡Ahí va el niño guapo de la dehesa!».

El desarrollo de Brosín no estaba en consonancia con su edad, estaba plenamente formado; su esbeltez, el crecimiento de su cuerpo, sus articulaciones delicadas pero firmes, el tórax fuerte y pronunciado, la dureza de sus muslos elásticos y apretados por la constante presión en los flancos de su yegua, sus manos duras huesudas y alargadas como pinzas de hierro, su cuerpo moreno, su pelo negro, bronco y rizado, sus ojos azules, único rasgo evidente de los Medina, pues el resto era un Romero, como su madre y abuelo; en aquellos momentos de su vida era perfecto y puro: todo un hombre de quince años.

A su padre le extrañaba a veces sus actitudes, ya que prefería pasar sus vacaciones y unas fiestas tan señaladas en la soledad del campo; le acompañaba a distancia, no lo comprendía, como posiblemente tampoco llegó a comprender la sumisión, la nobleza y templanza de su mujer a lo largo de los años que estuvo a su lado; madre e hijo descendían de una casta arrogante, sumisa, silenciosa y llena de sublime filosofía. A Brosín, la querencia de su raza le hacía pasar horas y horas con el abuelo Antonio al otro lado de la casa grande, o correr la dehesa a caballo y tumbarse bajo la encina vieja, bañarse desnudo en el cercano río, tumbarse bajo la encina contemplando el cielo —posiblemente a Dios—, olvidándose hasta de comer; su padre y Mahía llegaban a inquietarse por la tardanza, hasta que le veían cruzar lento y pensativo la talanquera. Venía oliendo a romero y tomillo, a hombre de campo, Mahía corría tras el niño de su alma, un buen baño de agua caliente recibía el cuerpo de aquel mozo que, voluptuosamente, se introducía en él; después de horas y horas a horcajada sobre su yegua torda, los mil potros salvajes de su indomable y fuerte naturaleza corrían como cascada salvaje a entremezclarse con la espuma del jabón hasta quedarse dormido; el frío del agua y las protestas de tata Mahía llamándole para la cena lo volvían a traer nuevamente a este mundo.

Aquella temprana mañana acudió Mahía a dar la nueva a la casa grande del nacimiento de un nuevo niño, que venía a aumentar el censo de aquella gran familia que constituía Miramamolín.

—Hijo, un nuevo niño ha venido al mundo en el cortijo: un encanto de niño. Es hijo de Miguel, el vaquero, y Rita; tú la recordarás, niño; ayudaba a Consolación en la cocina.

—Me alegro mucho Mahía, de verdad que me alegro, felicita a los padres en mi nombre; a él, que deje las faenas por unos días para atender todo lo relacionado con el nacimiento, y tú, tranquilízate mujer, estás muy nerviosa.

—Es un ángel de Dios! ¡Un ángel de Dios! ¿Quieres verlo?

—¡Ay, esta Mahía! Está bien, mujer, está bien; ya lo conoceré en otro momento. Brosín sale ahora para el colegio.

—Ya lo sé, ya lo sé, y le he preparado unas cosas, allí me lo matan de hambre. Pero yo lo decía... como está ahí tan cerca.

Brosín comprendió que su padre no tenía ganas de ir a ver al recién nacido, salió al quite, con el agradecimiento interior por parte de su padre.

—¡Papá iré yo a conocer al niño! De camino me despediré del abuelo, voy en un salto.

—Está bien hijo, pero no tardes; Domingo ya debe tener el coche dispuesto y él sabe que no quiero que corra cuando va contigo.

De puntilla, tratando de que sus botos no crujieran, manteniendo el aliento, Brosín fue acercándose lentamente a la cama donde Rita reposaba de la mala noche pasada; había un bulto de trapos, cubiertas y mantillas, se suponía que al fondo de aquel pozo de lanas y puntillas se encontraba un niño; Miguel, el padre de la criatura, entró en el cortijo de zagal, con diecisiete años, sólo habían pasado seis y, sin apenas advertirlo, era ya el responsable de una familia; Miguel no conoció a otra mujer ni cortejó a más moza que a Rita; cuando la romería, si se acercaba al pueblo con los gañanes, siempre tuvo reparo de ir a casa de la Mercedes, muchos le incitaban y le pintaban de color de rosa las niñas de la casa de la Mercedes.

Rita tampoco conoció a otro hombre que a Miguel; se vieron, se enamoraron y se casaron sin más preámbulos ni más historias y tuvieron el primer hijo; la pureza y el amor era el más rico testimonio que reinaba entre ellos; su vida en el cortijo, las buenas costumbres que allí se observaban y que implantó con su constante presencia Dolores Romero Heredia, la madre de Brosín, la hija del señor Antonio, el capataz, y que llegó a ostentar el título de marquesa de Santa Eufemia. Desde su boda se instaló en la casa grande y rehuía vivir en el palacio de Sevilla; su sitio estaba con su gente; su muerte, su temprana muerte, conmocionó a toda la región; aquella mujer,

en el transcurso de unos pocos años, logró el respeto de unos y otros y la consideración al rango adquirido al casarse con Manuel Medina.

—¿Cómo estás, Rita?

—Bien, señorito.

—¿Y tú, Miguel?

—Güeno, señorito.

—¿Se puede ver al niño?

— ¡Ya lo creo, señorito!

Rita, con sus dedos, empezó a escarbar entre tanta ropa hasta lograr que se viera la carita, rosa aún, de aquello que horas antes había llegado a este mundo.

—¡Lo tenéis tan tapao!

—¡Es mu chequetito, señorito! —comentó el padre.

—Parece un becerrete de los que están naciendo estos días; habrá que herrarlo.

—¡Jo, jo!, qué cosas tiene er señorito.

—Bueno, me tengo que marchar, salgo ahora para el colegio, pero me tenéis que prometer una cosa.

—¿Qué cosa, señorito?

—Que no le bauticéis hasta que yo vuelva en Semana Santa.

—¿Y eso, señorito?, ¿pa qué lo quiere moro?

— ¡Porque quiero ser su padrino!

— ¡Señorito! Ojú... no sé que decí.

—¿No os parece bien que sea yo su padrino?

—Eso no, señorito, eso no, que no hemo quedao un poco pasmao por la emoción, eso, por la emoción. Pa nosotros es lo ma grande... ¿verdá tu, Rita?

—Yo estoy llorando, Migué, con lo que ha dicho el señorito.

—Gracias, señorito. Esperaremo a la Semana Santa.

En el porche de su casa se encontraba el abuelo; con la solemnidad que le caracterizaba, esperaba despedir a su nieto, lo adoraba; su idolatría por él quizás no la demostraba porque sus raíces, posiblemente, no le permitían expresar sus sentimientos, pero en el fondo de aquellos ojillos hundidos entre grandes y arrugados párpados, sombreados por aquellas espesas cejas, un brillo y tímido lagrimeo delataba al viejo campero lo mucho que quería a aquel niño, el único hijo de su

Dolores; y el nieto lo sabía y adoraba a aquel pedazo de pan de maíz, de pan cateto... aquel labrador, ganadero, mayoral y hombre cabal que tanto bien hizo en aquellas tierras.

—Abuelo, debo irme... Domingo me espera para llevarme a Málaga.

El abuelo posó sus grandes manos callosas, labradas por el tiempo, sobre los hombros de su nieto, le miró a los ojos.

—Qué lejos está ese colegio, nieto. Y no sé qué puede enseñarte que no puedas aprender aquí, en los trigales, en la dehesa, en el arroyo del río.

—¡Volveré pronto, abuelo!

—¡Trataré de esperarte, nieto!

Abuelo y nieto se fundieron en un gran abrazo, del que sólo pudo separarlos el claxon insistente del Mercedes; su padre tenía prisa para que emprendieran el camino hacia Málaga, o para que la despedida con el abuelo no fuera tan larga; el encelamiento y los achares no son buenos consejeros.